

diciembre de 1922; y cinco días después, el 21 de diciembre, le fueron conferidas las Órdenes del Exorcistado y del Acolitado, también en la Capilla del Palacio Arzobispal. Cuando ya había concluido el quinto curso de Teología, recibió el Subdiaconado en la iglesia del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, el 14 de junio de 1924; seis meses después, el 20 de diciembre de 1924, en el mismo lugar, le fue conferido el Diaconado y el 28 de marzo de 1925 recibió el Presbiterado de manos de Mons. Miguel de los Santos Díaz Gómara, Obispo Titular de Tágora y Presidente del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos.

El junio de 1924, unos días antes de que se le confiriese el Subdiaconado, san Josemaría, concluyó sus estudios de quinto curso de Teología en la Universidad Pontificia.

Durante los dos últimos cursos del Seminario (1923-1925), con la autorización de sus superiores, frecuentó las aulas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza como alumno no oficial y se examinó de algunas asignaturas.

Los estudios biográficos realizados sobre los años de seminario de san Josemaría, aportan una documentación que ponen de manifiesto una actitud interior de fe inquebrantable y de firmeza en su respuesta a la vocación. No le faltaron contradicciones entre sus compañeros, de modo especial durante su primer curso, que supusieron una fuerte tribulación para su alma, por afectar directamente, aunque desde fuera, a su decisión de secundar la Voluntad de Dios. Esas circunstancias fueron un catalizador de una honda maduración espiritual, que le confirmó en la decisión, que mantuvo siempre, de fidelidad al querer divino.

Voces relacionadas: Estudios y títulos académicos de san Josemaría; Ordenación sacerdotal de san Josemaría; Seminario Conciliar de Zaragoza; Universidad de Zaragoza; Vocación de san Josemaría; Zaragoza.

Bibliografía: AVP, I, pp. 121-197; Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de San Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002; Id., "El seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza (I)", CCEDEJ, II (1998), pp. 7-44; Id., "El seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza (II)", CCEDEJ, III (1999), pp. 7-46.

Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA

SERENIDAD

1. Serenidad y filiación divina. 2. El camino de la serenidad. 3. Importancia y frutos de la serenidad.

La serenidad es la actitud o cualidad que permite al hombre mantener un temple sosegado y ecuánime, sin caer ni en la inquietud ni en la zozobra. Está muy relacionada con la paciencia y ambas con la fortaleza, virtud que ayuda a enfrentarse con las dificultades y a superarlas. San Josemaría habla de la serenidad, vinculándola a esas otras dos disposiciones del espíritu mencionadas en uno de los pasajes de la homilía que dedica a tratar de las virtudes: "Fuertes y pacientes: serenos. Pero no con la serenidad del que compra la propia tranquilidad a costa de desinteresarse de sus hermanos o de la gran tarea, que a todos corresponde, de difundir sin tasa el bien por el mundo entero. Serenos porque siempre hay perdón, porque todo encuentra remedio, menos la muerte y, para los hijos de Dios, la muerte es vida. Serenos, aunque sólo fuese para poder actuar con inteligencia: quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pros y los contras, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas. Y después, sosegadamente, interviene con decisión" (AD, 79).

1. Serenidad y filiación divina

La serenidad hace referencia al carácter. Hay personas que son por tempe-

ramento sosegadas y tranquilas, incluso apáticas. Otras son nerviosas, con tendencia al perfeccionismo y a la agitación. Entendida como actitud moral, la serenidad presupone la capacidad que el hombre posee para dominar y educar el propio carácter a fin de adoptar en todo momento una actitud equilibrada y serena. Los autores discuten si es una virtud, o más bien el fruto o resultado de un conjunto de virtudes o actitudes: la fortaleza, la paciencia, el orden, la confianza en los demás, la capacidad de reflexionar sobre la experiencia ya adquirida, etc.

Sin ignorar esos componentes humanos, san Josemaría, hablando desde una perspectiva cristiana, la relaciona directamente con el sentido de la filiación divina, con el hecho de tener fija la mirada en Dios que, siendo nuestro Padre, está junto a nosotros con su amor. “Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. –Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. (...) Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos” (C, 267).

La serenidad tiene sus raíces en la fe, que da a conocer que el universo, y especialmente la vida y la historia humanas, tienen sentido, y enseña que ninguna realidad escapa a la providencia divina. “La fe cristiana, (...) nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y todo lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios, y a admirar ese don especialísimo de la libertad, por la que somos dueños de nuestros propios actos y podemos –con la gracia del Cielo– construir nuestro destino eterno” (ECP, 99).

Fundamentada en la verdad de un Dios creador, lleno de amor y omnipotente, la serenidad aspira a enraizarse en el mismo ser del creyente, de modo que su actitud

ante el mundo y los acontecimientos que jalonan su historia se defina a partir de la convicción de que Dios está cerca, de que nada le es ajeno: “Aleja enseguida de ti –¡si Dios está contigo!– el temor y la perturbación de espíritu” (S, 854). La serenidad es, en suma, la actitud propia del hombre que vive y reflexiona sobre cuanto le rodea, sobre su propia vida y sobre el conjunto de la historia a la luz de la fe: “Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1, 26) y le ha dado una chispa de luz, el trabajo de la inteligencia debe –aunque sea con un duro trabajo– desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas” (ECP, 10). El cristiano puede, por tanto, sentirse, aun en medio de las dificultades, sereno, capaz de afrontar la vida con ánimo entero, con ilusión, con deseos de servir, con capacidad y sostenido por la gracia, para continuar o reemprender siempre el camino.

“Cristo nos espera. *Vivimos ya como ciudadanos del cielo* (Flp 3, 20), siendo plenamente ciudadanos de la tierra, en medio de dificultades, de injusticias, de incomprensiones, pero también en medio de la alegría y de la serenidad, que da el saberse hijo amado de Dios” (ECP, 126). La serenidad que predica san Josemaría es la serenidad del hombre concreto “de carne y hueso” (AD, 117), que conoce la entrega y el empeño que el vivir reclaman y, a la vez, se sabe, en Cristo, hijo de Dios. No es, por tanto, un sentimiento pasajero o una actitud exclusivamente interior, sino una fuerza vital que se refleja en el exterior de la persona y en sus obras. “Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo” (C, 2), afirma al comienzo de *Camino*, para añadir, inmediatamente después: “Que tu porte exterior sea reflejo de la paz y el orden de tu espíritu” (C, 3). Y algo más adelante: “No soslayes el deber. –Cúmplelo derechamente, aunque otros lo dejen incumplido” (C, 36).

2. El camino de la serenidad

Aunque tenga sus raíces en la filiación divina, y sea por tanto don de Dios, la serenidad no se adquiere sin la cooperación humana. La serenidad exige, en efecto, dominio de uno mismo, modelar el propio carácter, juicio equilibrado, reflexión paciente, control de los nervios y de la imaginación, formar y cultivar la inteligencia, situarse de modo adecuado ante el que-hacer concreto.

Y todo eso reclama la puesta en marcha del conjunto de virtudes y modos de comportamiento al que, en un principio, hacemos referencia, poniéndolo en relación con la serenidad: la fortaleza que lleva a realizar el bien, sin doblarse ante la contradicción, ya que “el fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero se bebe sus lágrimas” (AD, 77); la paciencia, que permite superar el paso del tiempo, evitando nerviosismos e intemperancias; la prudencia, que ayuda a percibir lo que en cada momento es oportuno y lo que, en cambio, debe dejarse para más adelante; el orden, que distribuye adecuadamente las cosas y las tareas, superando la tendencia a la improvisación, y facilita la atención a los detalles (la atención por amor a las cosas pequeñas, de que tanto habló san Josemaría), evitando a la vez todo perfeccionismo y toda minuciosidad excesiva; la flexibilidad, que se contrapone tanto a la rigidez, que manifiesta falta de madurez y puede desembocar en actitudes contrarias a la justicia y a la misericordia, como a la debilidad, que impide que la acción sea eficaz y hace al sujeto víctima de sus propias pasiones, de las corrientes de opinión o de las modas.

Pero aunque esas y otras virtudes humanas sean imprescindibles para crecer en la serenidad, san Josemaría no dejó nunca de recordar que las virtudes humanas están en relación estrecha con las sobrenaturales. Habló pues de lucha ascética, “poniendo en ejercicio, a lo largo del día, las virtudes teologales, que antes que

para teorizar son virtudes para vivir: la fe, la esperanza, la caridad. Y así tendréis serenidad” (*Carta 31-V-1954*, n. 25: CANALS, 1988, p. 106).

Desde esta perspectiva hay una virtud que cobra especial importancia: la humildad. Cuando se ven las cosas sólo desde el propio punto de vista, y más aún cuando se las refiere sólo a la propia persona y a las propias fuerzas, la realidad se deforma, las dificultades se exageran, se abre la puerta a la turbación y al abatimiento, y, en consecuencia, se pierde la serenidad. “Es a veces corriente, incluso entre almas buenas –escribe san Josemaría–, provocarse conflictos personales, que llegan a producir serias preocupaciones, pero que carecen de base objetiva alguna. Su origen radica en la falta de propio conocimiento, que conduce a la soberbia: el desear convertirse en el centro de la atención y de la estimación de todos, la inclinación a no quedar mal, el no resignarse a hacer el bien y desaparecer, el afán de seguridad personal. Y así muchas almas que podrían gozar de una paz maravillosa, por orgullo y presunción se transforman en desgraciadas e infecundas” (ECP, 18).

Íntimamente relacionada con la humildad está la confianza, sea en los demás, sea, sobre todo, en Dios. Saber que no estamos aislados en medio de un mundo impersonal y desconocido, que contamos no sólo con nuestra inteligencia y con nuestras fuerzas, sino con el aliento y el apoyo de quienes nos rodean, favorece el desarrollo de un ánimo sereno. Y de modo particular si quien nos ofrece su ayuda y su compañía es precisamente Dios que sabemos nos ama. Que en Él podemos no sólo apoyarnos, sino abandonarnos, siguiendo el consejo del salmista: “deja en el Señor tu cuidado y Él te sustentará” (Sal 55 [Vg 54], 23, citado en S, 873; ver también Mt 6, 25-34).

San Josemaría, que predicó la llamada a santificarse en medio del mundo

cumpliendo todas las obligaciones sociales, profesionales, familiares, etc., habló muchas veces de responsabilidad, y empleó en diversos momentos la expresión “preocupaciones”: el padre y la madre de familia han de estar preocupados por la educación de sus hijos, el dirigente de una fábrica por la marcha de la labor y el trabajo de los obreros, y así sucesivamente. Pero excluyó a la vez toda tendencia a una preocupación enfermiza, que quita la paz. “Si –por tener fija la mirada en Dios– sabes mantenerte sereno ante las preocupaciones (...) te ahorrarás muchas energías, que te hacen falta para trabajar con eficacia, en servicio de los hombres” (S, 856). Un punto de *Surco* resume bien esta enseñanza: “¿Preocupaciones?... –Yo no tengo preocupaciones –te dije–, porque tengo muchas ocupaciones” (S, 511). Poniendo todos los medios humanos a su alcance, el cristiano debe afrontar la propia tarea, las propias ocupaciones, con confianza en Dios y, por tanto, con optimismo y con serenidad, sin inquietud ni falsos temores.

En el camino de la serenidad, es esencial el trato asiduo, personal, con Cristo, de forma que la propia vida refleje la de Jesús y, por tanto, su unión con Dios Padre, su entrega serena y confiada al cumplimiento del querer divino. San Josemaría usa la expresión “*ipse Christus*” para indicar esa unión con Jesús a la que, presuponiendo el Bautismo, puede y debe llegar el cristiano a través del trato personal con Él: “Para ser *ipse Christus* hay que mirarse en Él. No basta tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz” (ECP, 107).

Vivida así, la contemplación de la vida de Cristo pone en ejercicio no sólo la inteligencia y el sentimiento, sino también la libertad, sin la cual las virtudes serían únicamente una serie de modos de vida mecánicamente aprendidos; es decir, no

estarían radicadas en el ser de la persona ni influirían plenamente en las actitudes y comportamientos. Quien trata a Cristo y busca en todo la voluntad de Dios Padre verá siempre las cosas con esperanza y optimismo, y el trato personal con el Señor se expresará “en alegría, en serenidad, en afán de justicia” (ECP, 156). También en la contradicción.

Al contemplar la vida de Cristo, el cristiano entiende que las contradicciones –verdadera piedra de toque para la serenidad– son ocasión para vivir la fe y la fortaleza, de modo que llenen el alma la alegría y la paz, “con la claridad de Dios en el entendimiento” (AD, 305). Y, al tener esa claridad en el entendimiento, reflejarla en las obras, ya que la fe y confianza en Dios se manifiestan en la perseverancia –por amor– en lo que el alma reconoce como voluntad de Dios, como bien para nosotros mismos y para los demás, aunque pueda costar esfuerzo. “Cuando hay amor, hay entereza: capacidad de entrega, de sacrificio, de renuncia. Y, en medio de la entrega, del sacrificio y de la renuncia, con el suplicio de la contradicción, la felicidad y la alegría. Una alegría que nada ni nadie podrá quitarnos” (ECP, 75).

En la contradicción la serenidad se vive como roca fuerte en la que el ánimo toma nuevo vigor: “Aunque todo se hunda y se acabe, aunque los acontecimientos sucedan al revés de lo previsto, con tremenda adversidad, nada se gana turbándose. Además, recuerda la oración confiada del profeta: «el Señor es nuestro Juez, el Señor es nuestro Legislador, el Señor es nuestro rey; Él es quien nos ha de salvar»” (S, 855).

3. Importancia y frutos de la serenidad

Tanto si se la considera como una virtud especial, como si se piensa que es el resultado de un conjunto de disposiciones y virtudes, la serenidad ocupa un lugar de singular importancia: sólo la persona serena puede enfrentarse adecuada y eficaz-

mente a las tareas, compromisos y obligaciones que la vida trae consigo.

Necesitamos la serenidad para “poder actuar con inteligencia: quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pros y los contras, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas. Y después, sosegadamente, interviene con decisión” (AD, 79). En otras palabras, “necesitamos de la serenidad de la mente, para no ser esclavos de nuestros nervios o víctimas de nuestra imaginación; necesitamos de la serenidad del corazón, para no vernos consumidos por la ansiedad ni por la angustia; necesitamos también de la serenidad en nuestra acción, para evitar oscurecimientos superficiales e inútiles derroches de nuestras fuerzas” (CANALS, 1988, p. 108).

La persona serena posee la capacidad para ser objetiva y concreta, para analizar los problemas y sintetizar las posibles soluciones, para tener visión tanto del conjunto como de los detalles. La persona serena es también firme al mandar o al aconsejar, sabe encontrar la palabra justa y oportuna para indicar un camino o para ofrecer consuelo, atendiendo a la diversidad de circunstancias y de situaciones.

La serenidad cristiana no es, como la serenidad estoica, mero dominio de las pasiones (cfr. S, 876), y menos todavía frialdad o indiferencia ante la vida terrena. El cristiano sabe que el mundo es bueno, porque ha sido creado por Dios. Y, si está llamado a santificarse en medio del mundo, sabe que debe participar, con empeño –más aún, con ilusión– en las tareas que implica y en los avatares que lo acompañan, pensando en el servicio de los demás, y soportando, si llegara el caso, los sinsabores o venciendo las dificultades. El cristiano no se desentiende de las dificultades de la vida humana, ni ignora las fatigas, ni se refugia en añoranzas o en mundos ideales. “Serenos. Pero no con la serenidad del que compra la propia tranquilidad a costa de desinteresarse de sus hermanos o de

la gran tarea, que a todos corresponde, de difundir sin tasa el bien por el mundo entero” (AD, 79). “El camino del cristiano, el de cualquier hombre, no es fácil. Ciertamente, en determinadas épocas, parece que todo se cumple según nuestras previsiones; pero esto habitualmente dura poco. Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sinsabores; y en esta fragua el hombre puede adquirir fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad” (AD, 77).

El ser humano está llamado a actuar con responsabilidad y con ánimo sereno en todas las situaciones y circunstancias que definen su vida. En el trabajo diario, cuando se hace duro y pesado o cuando reclama tomar decisiones difíciles. En los momentos en los que debemos dar consejo a otros (a los hijos, a los alumnos, a los subordinados, a los amigos, etc.). En la vida de relación, cuando surgen roces o problemas. En el apostolado, respetando la libertad y el ritmo que cada persona sea capaz de seguir: “Es menester lograr que las almas apunten muy alto: empujarlas hacia el ideal de Cristo; llevarlas hasta las últimas consecuencias, sin atenuantes ni paliativos de ningún género, sin olvidar que la santidad no es primordialmente obra de brazos. La gracia, normalmente, sigue sus horas, y no gusta de violencias. Fomenta tus santas impacencias..., pero no me pierdas la paciencia” (S, 668).

Serenos también en el esfuerzo por ser mejores, sin irritarse con uno mismo ni perder la paz aunque pueda parecer que se procede lentamente o haya incluso retrocesos, faltas o pecados, que pueden provocar no sólo arrepentimiento y dolor, sino también abatimiento, ya que el alma “deja de saborear la paz y la serenidad cuando se aleja de su fin”, es decir, de Dios (cfr. AD, 10). Pero seguir esa pendiente conduce al error y al sinsentido. La santidad exige esfuerzo, pero la confianza en la misericordia y en el amor divino excluye todo desaliento. “Serenos, porque siempre hay

perdón, porque todo encuentra remedio, menos la muerte y, para los hijos de Dios, la muerte es vida” (AD, 79). “¿Qué importa tropezar, si en el dolor de la caída hallamos la energía que nos endereza de nuevo y nos impulsa a proseguir con renovado aliento? No me olvidéis que santo no es el que no cae, sino el que siempre se levanta, con humildad y con santa tozudez. (...) Con serenidad, tranquilo, por mucho que duela la herida aún no restañada de tu último resbalón, abraza de nuevo la cruz y di: Señor, con tu auxilio, lucharé para no detenerme, responderé fielmente a tus invitaciones, sin temor a las cuevas empinadas, ni a la aparente monotonía del trabajo habitual, ni a los cardos y guijos del camino” (AD, 131).

Pase lo que pase, en el interior del propio espíritu o en el mundo que le rodea, la persona, con el auxilio de la gracia, está siempre en condiciones de continuar esforzándose serena y confiadamente por crecer en santidad y por hacer del mundo un lugar plenamente humano, en el que todo hombre y toda mujer puedan desarrollarse como seres humanos y abrirse al diálogo con el Creador. Quien tiene fe debe ver siempre las cosas con esperanza y optimismo, con conciencia de que la participación en los nobles afanes humanos no aparta de Dios, ya que la gracia hace posible orientarlo todo hacia Él, y de ese modo “divinizar el mundo” (cfr. AD, 308).

Concluamos señalando que san Josemaría evoca, también respecto a la serenidad, el ejemplo de Santa María: “¡Cómo contrasta la esperanza de Nuestra Señora con nuestra impaciencia! Con frecuencia reclamamos a Dios que nos pague enseñada el poco bien que hemos efectuado. Apenas aflora la primera dificultad, nos quejamos. Somos, muchas veces, incapaces de sostener el esfuerzo, de mantener la esperanza. Porque nos falta fe: ¡bienaventurada tú, que has creído! Porque se cumplirán las cosas que se te han declarado de parte del Señor (Lc 1, 45)” (AD, 286).

Voces relacionadas: Filiación divina; Fortaleza.

Bibliografía: AD, 1-22, 73-93, 205-221, 294-316; ECP, 12-21; Salvador CANALS, *Ascética meditada*, Madrid, Rialp, 1988; María Jesús SOTO BRUNA, “La serenidad a la luz de la dignidad creatural de la persona”, *Anuario Filosófico*, 2002 (35), pp. 655-674.

Wendy PETZALL

SERVICIO, ESPÍRITU DE

1. La caridad y la justicia, fundamento del espíritu de servicio.
2. Trabajo y espíritu de servicio.
3. Cultura y espíritu de servicio.
4. Política y espíritu de servicio.
5. Economía y espíritu de servicio.
6. Familia y espíritu de servicio.

El espíritu de servicio forma parte de la identidad cristiana, ya que el cristiano está llamado a vivir la vida de Cristo, que vino a la tierra no para ser servido sino para servir y dar su vida en redención de muchos (cfr. Mc 10, 45). Así lo subraya san Josemaría: “El Verbo se hizo carne y vino a la tierra *ut omnes homines salvi fiant* (cfr. 1 Tm 2, 4), para salvar a todos los hombres. Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres” (ECP, 106). Y en otro lugar: “Tú quieres pisar sobre las huellas de Cristo, vestirte de su vestidura, identificarte con Jesús: pues que tu fe sea operativa y sacrificada, con obras de servicio, echando fuera lo que estorba” (F, 155).

1. La caridad y la justicia, fundamento del espíritu de servicio

El espíritu de servicio es como un impulso interior que mueve a obrar en beneficio de otro y lleva a vivir la solidaridad con todos los hombres, ya que, como dice san Josemaría, la solidaridad se mide “por obras de servicio” (CONV, 75). Está relacionado con un dato fundamental: el hecho de

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.